

buirse desigualmente, en torno a Madrid y a los focos industriales periféricos (Valencia, Cataluña y el País Vasco), dibujándose, cada vez con mayor nitidez, grandes espacios semidesérticos en el interior de la Península. Resulta muy significativo observar cómo de las veinticuatro provincias que pierden población durante el período del Primer Plan de Desarrollo, todas, salvo Oviedo, pertenecen a la Espa-

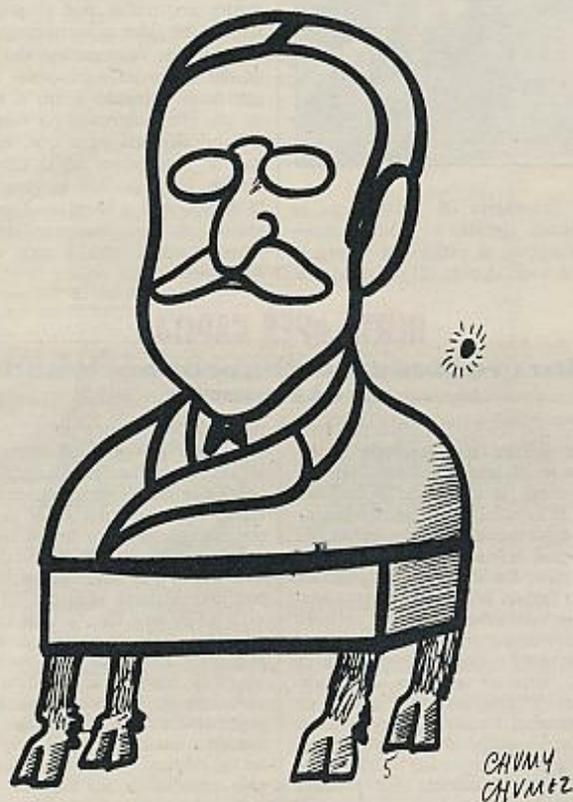
ña interior o pueden considerarse como asimiladas (casos de Granada y Lugo).

Por último, también cabe destacar, entre los datos ofrecidos en el estudio citado, y por lo que se refiere al orden en que figuran y se sitúan las distintas provincias españolas de acuerdo con su aportación al Producto Nacional Neto, cómo son también, en general, provincias periféricas las que registran mayo-

res avances; así, entre ellas, Alicante, Baleares, Málaga, Gerona y Las Palmas, en las que han confluído las tradicionales tendencias referidas y la fuerte expansión turística de los años sesenta. Entre las provincias con una dinámica económica más regresiva —que se refleja por continuos retrocesos en la posición relativa que ocupan—, en el período 1960-67 hay que citar a Córdoba (que pasa del lugar 10 al 18),

Huesca (del 37 al 41), Huelva (del 32 al 36) y, de una forma especial, a Badajoz (del 15 al 21), y a Jaén (del 16 al 28); como se sabe, estas dos últimas provincias han sido las primeramente seleccionadas, durante los años 50, para ensayar las técnicas de la planificación económica y, por supuesto, primeras de la denominada «política de desarrollo regional». ■ A. L. M.

PEDESTAL



INFANCIA Y VIOLENCIA

Pocas confusiones más patéticas y expresivas que las evidenciadas cada vez que se plantea el tema de los juguetes bélicos o de la violencia en las películas para la infancia. Los días que precedieron a la noche de Reyes fueron especialmente curiosos al respecto: en la televisión se sucedían las frases sobre la paz de los hombres de buena voluntad con la invasión de pequeños tanques o de pistolas a las que sólo faltaba matar para que la ilusión fuese completa.

La otra noche, dentro del programa «24 horas», uno de los comentaristas volvió sobre el tema y citó la secreta autoridad de los especialistas en psicología infantil para salvar la contradicción. Bueno, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Hay un tiempo para la paz y los cánticos fraternales —«siente un pobre a su mesa»— y otro para la guerra y las pistolas. Mejor será, entonces, que el niño lo sepa pronto en vez de embarcarlo indefenso en la realidad que vendrá después de su infancia. Pero, en ese caso, ¿qué hacemos con esa imagen azul de la niñez?, ¿no es el niño la expresión convenida de una serie de valores que se van perdiendo con los años?

No hay que ser un lince para comprender que este antagonismo entre lo que el «adulto quisiera que fuera el niño» y «lo que el niño debe aprender para afrontar la realidad», entre un niño despojado «de los males del adulto» y un niño a quien hay que enseñarle lo «que necesitará cuando sea adulto», está expresada una de las más generalizadas e inconscientes críticas a nuestra civilización. El problema trasciende por completo los dominios del psicólogo o del pedagogo —simples piezas de la máquina— para instalarse, con todo derecho,

en la historia de nuestra cultura.

Es interesante considerar que, en todo caso, no parece haber grandes problemas con los niños pequeños. Todavía es posible mantenerlos en un limbo de juguetes ingenuos, de cuentos de hadas, de palabras tiernas que el adulto pronuncia con toda sinceridad. El adulto no engaña al niño pequeño, procura moverse dentro de las exigencias de su evolución, y es capaz de inventar para él una literatura, una juguetería o un cine y un teatro en los que no exista mala fe. El adulto puede sentirse amigo de un niño. La tragedia empieza cuando ese niño comienza a preguntar, cuando del descubrimiento de sí mismo el niño pasa a las primeras meditaciones sobre el mundo que le rodea, cuando el niño mira a un pobre, pregunta por qué hay guerras, o cosas así. Las un día temidas preguntas sobre cómo nacen los niños, las abordan ya muchos padres con un inteligente y poético realismo. La misma muerte ha dejado de ser un tema difícil. O la religión. Lo malo es cuando el niño pregunta si es verdad que otros niños se mueren de hambre y por qué, o si hay niños que no pueden ir al colegio y por qué. Entonces, sistemáticamente, el adulto miente. Cuenta una bella historia en la que él es el primero en no creer en absoluto. Se siente, entonces, impotente para conducir al niño desde su ingenuidad a esa nueva realidad de los adultos.

Es una difícil etapa de «adaptación», que el adulto confía a las fuerzas invisibles, a lo que dirán al niño otros niños mayores, a lo que el niño irá deduciendo de sus observaciones. El fingimiento acaba alcanzado a las dos partes. El adulto trata al muchacho «como si éste no supiera nada», y el muchacho

Los
Contem
pora
neos

CONTRAFIGURAS Tanto se le dijo al español que sus desgracias le venían de ser como era que decidió ser lo contrario. Como no sabe bien cómo es, le cuesta algún trabajo ser lo contrario. Se le dijo que era individualista, anárquico, y se uniformó. Se le reprochó que estuviese uniformado y se compró tantas camisas blancas que hubo que contenerle antes de que pareciera que estaba uniformado de otra manera. Se le repitió que era ingobernable, y adoptó la virtud de la mansedumbre. Se dijo que aquí todo

el mundo quería opinar, y adoptó la fórmula de la «mayoría silenciosa» antes de que la descubriese Nixon; hasta tal punto se le reprochó su silencio y ahora quiere el diálogo. Practicó así la autocritica hasta el punto de hacerse autorracista. Decía: «Somos un pueblo imposible... Así no llegaremos a ningún sitio... ¡Cómo es la gente!» El que así hablaba, por decirlo, se excluía. Como lo decíamos todos, nos excluíamos todos, de forma que «la gente» llegó a ser una abstracción fantasmagórica. Ahora, España es diferente. Pero, sobre todo, dife-

rente de sí misma. El español ha adoptado su contrafigura. Algunos miembros del estamento le sirven, como es su misión, de ejemplo y guía. Algunos principales miembros del estamento le enseñan lo fácil que es adoptar una contrafigura y sumarse a las nuevas tesis del poder, que ayer consideraban lamentables, sin duda, porque aún no tenían la venerable forma de poder y, por lo tanto, eran mezquinas. De esta forma muestran al pueblo con qué facilidad puede pasarse de ingobernable a gobernable y, quizá, a gobernante.

cho acepta el papel; pero los dos saben que el muchacho «está al cabo de la calle» de muchas cosas. Ha llegado la hora, por decirlo anecdóticamente, de fumarse los primeros pitillos a escondidas. La «introducción» al verdadero estado adulto está en marcha.

Me pregunto si los juguetes bélicos o las películas violentas no cumplirán —y aquí sí cuenta la opinión del psicólogo infantil— un oscuro papel en este incruento asesinato de la infancia. Es igualmente sintomático que toda esa literatura, ese teatro o ese cine infantiles, pierdan de pronto su poder

de atracción y no encuentren la forma de seguir interesando honestamente a los que eran niños poco antes. No tenemos un arte que acompañe a los hombres una vez salen de la infancia. Es un tiempo sin verdad, y muertas las hadas, no parece quedar otra salida que dejar al ex niño abandonado a su propia suerte, a la espera de que la «vida» le enseñe la realidad. Ya las pistolas de plástico, o los pieles rojas machacados, probaban que todo no era tan azul como los padres y los Reyes Magos prometían. Y ésta no es una cuestión de psicólogos. ■ J. M.

Sir Basil Liddell Hart EL PADRE DE LA «BLITZ-KRIEG»

Liddell Hart no pasó de capitán, y, probablemente, no hubiese sido jamás militar de no haber sido por la movilización en la primera guerra mundial. Sin embargo, estaba considerado como uno de los primeros estrategas del mundo, como hoy lo es el civil Hermann Khan. Paradójicamente, las ideas de Lid-

tánico debía basar su capacidad ofensiva en los tanques y en las fuerzas acorazadas, utilizados en lo que él llamó «un torrente expansivo». Nadie le hizo caso en su país. Sus ideas prendieron en Francia en un joven oficial, Charles de Gaulle, que también publicó algún libro y redactó algún informe pidiendo la mecanización del Ejército, pero fue igualmente desoído. Sin embargo, los artículos se tradujeron al alemán, se leyeron en las escuelas germanas de Estado Mayor y sirvieron de base para la «blitz-krieg», la guerra-relámpago de Hitler, que fue exactamente el «torrente expansivo» de Liddell Hart. El general Guderian, organizador de las «panzer divisionen» alemanas, ha explicado que su interés en este tipo de guerra se despertó con la lectura de los artículos de Liddell Hart; Rommel explicaría que los ingleses podían haberse ahorrado muchas de sus derrotas iniciales si hubiesen leído al capitán Liddell Hart y la enciclopedia alemana «Brokhaus» le describe como «creador de la teoría de la guerra mecánica». Este profeta en tierra ajena perdió sus dones con la aparición del arma atómica. Su libro sobre esta estrategia nuclear «Deterrent or defense», fue mal acogida en 1960, y Liddell Hart cambió absolutamente de rumbo sus preocupaciones: estaba escribiendo una historia de la moda cuando, a los setenta y cuatro años, le ha sorprendido la muerte en su casa de campo del Buckinghamshire.



dell Hart sobre la guerra sirvieron para algunos reveses de su propio bando, para algunos muy notables triunfos del enemigo. Propugnaba en sus escritos que el ejército bri-

Como el cambio es tan visible, algunos creen que se pueden dar más libertades al español sin riesgo de que las utilice. No hay unanimidad en el tema. Los próceres discuten. Arelliza dice que ya es hora, Valdeiglesias dice que no lo será nunca. Los próceres son cultos. Citan la Historia y la coyuntura. Arelliza dice que por las libertades iremos al europeísmo; Valdeiglesias que se puede ser europeo de cualquier manera, y que las libertades no llevan más que al caos. El español, hecho contrafigura, calla y se contem-

pla a sí mismo, como el adolescente que, ante el espejo, espía el crecimiento del bozo sobre el labio superior que le calificará como mayor de edad. Duda. No sabe bien lo que puede pasarle si le dejan ver las comedias de Harold Pinter, si le traducen entero el diálogo de «Prima della rivoluzione». Ahora es el Dr. Jeckyll; pero, ¿y si Pasolini, el asociacionismo, alguna urna electoral y don Joaquín Ruiz-Giménez le convirtieran en Mr. Hyde? ¿Qué pensará de todo esto el doctor López Ibor, tan prudente, tan modera-

do, tan contrafigura? Y, ¿no dirá lo contrario Castilla del Pino? Quizá ver en la televisión «Peyton Place» pueda costarle un gordo disgusto moral. Pero, ¿y si a cambio de ello podemos vender más naranjas, colocar por ahí algún vinillo? En el fondo, cuando le dicen que tiene que ser europeo, ¿no se trata de eso? ¿Y si por ver una obra de Peter Weiss nos dejan que cobremos unos aranceles de ocho dólares por cada 100 kilos de queso holandés?

El español ha sido siempre sufrido.

La elaboración de su contrafigura no ha dañado esa virtud ancestral. Parece dispuesto a aceptar algunas libertades y no usar de ellas. A los niños se les regalan juguetes caros, que luego se encierran en el armario para que no los rompan. Por las noches, cuando el niño duerme, los fantásticos e infantiles padres sacan los juguetes del armario y juegan ellos para comprobar lo buenos que son. Nuestros próceres usan ya de la libertad para discutir de la libertad. Han sacado, de noche, los juguetes del armario. ■ POZUELO.

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

MUERTOS BLANCOS Y MUERTOS NEGROS

(HUMOR NEGRO... Y BLANCO)

Se conocía ya la clasificación de los muertos, a efectos de residencia, en muertos católicos y muertos civiles. Ahora, gracias a una sentencia de un juez de Birmingham (Alabama), sabemos también que hay muertos blancos y muertos negros. El juez en cuestión ordenó recientemente el traslado de un muerto negro a un cementerio blanco, con lo que recordamos, de rebote, que en muchas ciudades del Sur de los Estados Unidos se practica lo que podríamos llamar la segregación necrorracial.

La discriminación racial en los cementerios tiene su lado lógico y hasta decente, pues sería poco serio que un señor tuviera que esperar al preciso momento de cascar para que se le reconocieran al fin sus derechos cívicos. La cosa podría tener incluso cierto aire de leve tomadura de pelo.

Por otra parte, el simple hecho de morir no nos parece motivo suficientemente justificado de integración racial en la vivienda. El interesado tuvo antes razones más serias y no se le tuvieron en cuenta. Por eso, visto el asunto desde este ángulo, la postumamente humana decisión del juez de Birmingham, nos resulta un tantillo necrodemagógica. Tanto es así que tuvo que apoyarla en otras sentencias anteriores, favorables a la integración racial en los parques de recreo y diversión... lo que ya

es afinar en materia de jurisprudencia.

Pero, por otro lado, la segregación racial en la última vivienda no deja de causar cierta extrañeza. Según todos los indicios, en efecto, la gente, cuando se muere, se hace extremadamente dócil y le desaparecen bruscamente toda una serie de prejuicios: raciales, religiosos y de todo tipo. No se sabe de muerto que haya manifestado jamás el menor sintoma de odio racial o de simple animadversión política hacia el muerto de al lado, y todo hace suponer, por el contrario, una reconciliación perfecta y definitiva. Blanco o negro, demócrata o republicano, gavián o paloma, cretino o evolucionado, nadie podrá negarle a un residente muerto una gran circunspección y un respeto total de los derechos del vecino.

Estas consideraciones parecen demostrar lo bien fundado de la decisión del juez de Birmingham. No dudamos que esta sentencia sentará jurisprudencia y que muy pronto todos los muertos negros podrán instalarse confortablemente en los cementerios de los blancos. Para los negros es un primer paso importante en su larga lucha por los derechos cívicos. Por algún lado había que empezar.

Por lo pronto, los «Panteras Negras» saben ya que, si insisten mucho, les espera el éxito a la vuelta de la esquina...

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, Pablo de la Higuera, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, Ramón L. Chao, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán.